

"México" y el sueño criollo en la poesía de la primera mitad del siglo XIX

Hasta la fecha, la poesía de la primera mitad del siglo XIX ha sido muy poco estudiada, entre otros motivos, porque a ésta por lo general se le ha juzgado como una poesía escasa, débil y menor frente a la que produjeron poetas de generaciones posteriores, como la de Altamirano o la de los modernistas. Las explicaciones de esta pobreza son varias, pero destaca, sobre todo, el estado de incertidumbre en que se vivió durante las primeras décadas a raíz de las guerras de intervención y lo indefinido del rumbo de una nación que transitó por el federalismo, el centralismo y la monarquía; lo que provocó que los escritores se concentraran más en defender —en inventar— una nación inestable y en buscar los fundamentos que permitieran la consolidación de un territorio, que en cultivar la poesía. Ahora bien, no porque sean estas caracterizaciones ciertas, dejan de ser muy generales y, en todo caso, no justifican el vacío y el desconocimiento bibliográfico que se tiene de la historia literaria de lo acontecido en la primera mitad del siglo XIX. Muy concretamente, el estudio de la poesía mexicana de dicho periodo nos permite, como veremos, sugerir y plantear una serie de pistas para entender mejor los movimientos temáticos de

la lírica —sus preferencias— a la luz de las oscilaciones de un país que se veía agobiado por los intereses económicos y las disputas políticas y sociales. En este sentido, la revisión de poemas estratégicos nos permite señalar algunos de los ciframientos emocionales que estuvieron en juego en los poetas, mismos que sirven para proponer pistas en la comprensión del proyecto cultural criollo de la primera mitad del siglo XIX.

El sueño criollo

Casimiro del Collado, poeta español radicado en México desde 1836, dedica en 1855 una oda "A México" donde cifra el acontecer de una nación hasta entonces abatida por numerosos contratiempos y, en gran medida, señala los alcances y requiebros de un grupo social criollo colmado de desengaños. Se trata de un poema ejemplar por la forma como condensa dichas aspiraciones criollas y las cuaja en versos impecables, de forma "castiza", muy olvidados por nuestra crítica. Collado se dirige a México:

Vuelve ¡oh, México! en ti, que del abismo
duermes incauta al resbaloso borde:
no más del interés y el egoísmo
la envenenada copa se desborde.

Para entonces Collado, como muchos otros poetas, identifica claramente una de las paradojas más dramáticas de la nación mexicana, a saber, la historia de una nación reciente que, a pesar de su riqueza, de su fecundidad e independencia, ha sido devastada y arrollada por los pueblos del Norte, de Europa y por

los egoísmos y ambiciones internos. Collado no dejará de pedirle al mexicano-criollo que recuerde su origen español y mostrar así en imágenes precisas esa riqueza y esa fertilidad mexicanas en su variedad de climas y bellezas naturales, con su virgen morena; sin embargo, no deja tampoco de reconocer que, muy a pesar de dicha condición, la tragedia es la que preside los destinos de una sociedad y de un territorio recién fundados. Lo que parecía un sueño realizable, después de la Independencia y los positivos vaticinios providenciales de México como tierra elegida, se había tornado en infortunio: desengaño. Collado muestra esta situación cuando se dirige a México:

¿Por qué tanto primor, perseverante
soplo de adversidad aja y desdora?

¿Por qué tu prole exánime, sentada
del infortunio en las tinieblas, llora?

Ignacio Rodríguez Galván, poeta más radical que reivindica un origen mestizo, da testimonio de esta experiencia y dice, desde La Habana, unos meses antes de su muerte (1842):

Yo presencié de mi país los daños;
la virtud anhelé (vano deseo):
ebrio estoy de funestos desengaños.¹

Por su parte, el poeta veracruzano José María Esteva, en 1845, dice:

Es cierto, virgen, es cierto
que después has padecido,
y que en tu vivir incierto
miras tu Edén convertido
en Páramo desierto.

Collado identifica una de las paradojas más dramáticas de la nación mexicana: a pesar de su riqueza, ha sido devastada.

¹ A Rodríguez Galván la crítica no deja de considerarlo como un poeta desdichado y, sin embargo, más que rescatarlo, lo que se ha hecho es desvanecer sus alcances sin que se haya valorado verdaderamente el radicalismo y la manera en que utilizó la ironía, como ningún otro poeta. La sociedad de aquel entonces, tan arraigada en la religión, en los usos y costumbres de tres siglos de Colonia, hace imposible el proyecto de R. Galván.

**El desengaño se
tornará en uno de los
ejes clave en la
búsqueda de una
identidad nacional en
la línea mexicana de
principios del siglo XIX.**

Dos años más tarde, en 1847, y en medio de uno de los sucesos más devastadores de la historia de México, Carpio escribe un poema muy representativo del sentir de la sociedad. Se trata de "México en 1847", donde expresa el testimonio de una derrota, la invasión y pérdida de territorio, su vergüenza frente a los acontecimientos, pero no sin antes señalar que había visto su promesa cumplida. Ante los sucesos demoledores de la invasión norteamericana escribe:

Yo vi en las manos de la patria mía
verdes laureles, palmas triunfadoras,
y brillante con glorias seductoras
yo la vi rebosar de alegría[...]
¡Patria infeliz! sin Curios ni Catones,
ha sido tu destino lamentable:
leyes te dieron con sangriento sable
del Norte los terribles batallones.

Ahora bien, a pesar de este desengaño, muchos criollos se empeñaron en proyectar esa fertilidad y mostrar la grandeza de México: una grandeza virtual que se busca fraguar en los escasos proyectos culturales que surgen, como las revistas literarias, asociaciones y en la propia poesía mexicana. Lo importante aquí es que el desengaño, que contrasta con un optimismo inicial y anhelante, se tornará en uno de los ejes clave en la búsqueda de una identidad nacional. Dicha visión nos pone, como lectores, ante uno de los centros emocionales decisivos que ayuda a entender y a explorar la lírica de la primera mitad del siglo XIX mexicano y, en todo caso, a desenterrar los ciframientos de una poesía preocupada por forjar una nación bajo la tutela de una clase criolla que se sabe huérfana y débil. Muy particularmente, en los

12 años que van de 1836 a 1848, marcados por desastres, intervenciones y muy poca estabilidad política, cuando México está al borde de la desaparición, los escritores se reconocen en el abismo propio de su conciencia criolla y escriben versos como los de Carpio "A la Luna":

¡Oh Luna! y ten piedad de mi flaqueza
si acaba así la espléndida grandeza
¿qué será de esta caña vacilante?

La caña se refiere, en este caso, a la condición del criollo que, ante tales sucesos, ve en peligro su existencia. Durante la misma época, otro criollo como Guillermo Prieto le confesará a su amigo Payno que se siente "peregrino en su propia patria".

En este sentido, los versos de Casimiro del Collado que citamos al inicio resumen un periodo que podríamos extender del triunfo de la Independencia y la caída de Iturbide hasta la promulgación del Plan de Ayutla en 1855, época en la que se había perpetrado un estado de incertidumbre y de discordia políticas. El año de 1855 es asimismo una fecha límite porque es cuando se cancela toda una primera etapa de incertidumbre y zozobra que culmina con la apertura de un nuevo marco político, me refiero, como mencioné antes, al Plan de Ayutla y lo que será después la Constitución de 1857, pero también es cuando Santa Anna abandona México y con ello —nos dice Edmundo O'Gorman— se cancela la idea encarnada en dicho personaje del caudillo proverbial, la solución personalista, la posibilidad del emperador.² Otra fecha —1821— es importante porque a raíz de la Independencia y luego de la promulgación de la Constitución de 1824, se construye un nuevo opti-



² Esta misma tesis la sostiene Enrique Krauze en su libro *Siglo de caudillos* (1992).

mismo que se genera a partir de la posibilidad de llevar finalmente a cabo el sueño profético de la Nueva España. Se trata de un sueño que, por un lado, lo constituye la idea de la tierra, de la grandeza de la Nueva España destinada a brillar y a constituirse en un pueblo feliz, ejemplo de la civilización más avanzada, y respaldado por la confianza sustentada en la idealización de las leyes que promulgaron en 1924 los criollos; pero, por otro, lo constituye la experiencia de un desengaño distinto al expresado por los poetas novohispanos, ya que éste se da una vez que se ha puesto en práctica la serie de leyes e instituciones que debían garantizar el triunfo de la libertad y el progreso. Tal hecho permite reconocer en los poetas algo que podemos denominar el "sueño criollo", es decir, una visión de optimismo en la lírica, en cuanto a la proyección de una imagen positiva de México, que se intenta sostener dentro de un marco de desengaño político y social.

"México": la restauración o el sentido de orfandad

Ante la imposibilidad de establecer un sistema de gobierno firme, sea federal o centralista, monárquico o republicano, y de llevar a su culminación la empresa de forjar un país modelo de las mejores civilizaciones, la clase dirigente —la mayoría de clase media— cifra sus anhelos y desengaños en México e identifica a éste en forma doble: como su propio destino personal y como grupo social, es decir, como criollos. Si antes en la poesía novohispana los poetas habían asumido a su tierra adoptiva —la Nueva España— como el testigo de sus desengaños, o bien habían ma-

nifestado un "resquemor" ante la escasez de sus derechos frente a los peninsulares, o un desengaño ante la injusticia "real y divina" (Pascual Buxó, p. 36), ahora la tierra de origen y el destino personal eran uno solo y se veía la amenaza de que quedara aniquilado. Después del optimismo provocado por la libertad alcanzada en 1821, "México" cobra para los criollos una dimensión distinta frente a España, ya que confrontan una progresiva crisis de identidad que los lleva a buscar un arraigo más allá del reconocimiento de España en 1836, por lo cual algunos escritores intentaron mostrar una filiación más estrecha con el concierto de las naciones. Ante el naufragio de la patria y las discordias civiles, algunos criollos se reconocieron como huérfanos y peregrinos del mundo y vieron la necesidad, al mismo tiempo, de buscar la filiación de México dentro del círculo de pueblos elegidos y cristianos. Es importante destacar que durante esta etapa se da también la guerra de castas (1839-1849), una guerra entre etnias que particularmente la clase criolla vio como desestabilizadora. En este sentido, es evidente en muchas de las revistas la forma en que se buscó borrar la imagen de un pueblo indígena vivo y, ante todo, mostrar la ilustración de una nación en muchos sentidos desconocida.

Después del desamparo de 1836, provocado por el cambio de constitución —de federal a centralista—, la pérdida de Texas y la revelación de un país tan diverso, la clase letrada comenzó entonces a sentirse atraída por autores como Volney, Chateaubriand o Lamartine, quienes en su momento y ante la crisis nacional o personal —su desengaño— se habían reconocido peregrinos de la libertad. Durante estos años de inestabilidad se dio precisamente una valorización de los viajes de Chateaubriand y de Lamartine a la tierra santa, porque son ellos los que



**José Joaquín Pesado
y Manuel Carpio
encarnan claramente
el triunfo de una
poética de
“restauración”
de principios.**

procuraron restaurar la religión como la fuente original para reconstruir el camino de la verdad y la armonía, fortalecer una vida interior o, como Volney, años antes, para descubrir el genio de los pueblos. Por otra parte, también se rescataban y se leían los viajes de Byron como un ejemplo del espíritu romántico más escéptico que se sentía desterrado del mundo y buscaba el paraje benéfico para su alma atormentada.

Los escritores mexicanos reconocían en los textos de los franceses que una de las misiones del poeta era la de constituirse en difusor de la moral social, y encontraban en el cristianismo la única forma de poder garantizar un “progreso natural del espíritu humano hacia la civilización universal” (Chateaubriand, p. 13). Ante su condición huérfana o de desamparo, el criollo optó por reforzar la tutela del cristianismo y reconocer que la única forma de restituir una senda perdida y un vigor es a través de la lectura de las fuentes de los pueblos elegidos, en la historia y los libros sagrados, en los viajes y descripción de lugares remotos, en la poesía oriental; todo ello con el propósito de estudiar —dice Lamartine— “los siglos en su cuna; para seguir hasta su origen en el curso desconocido de una civilización, de una religión, para penetrarme del espíritu de los lugares y del sentido oculto de las historias y monumentos en aquellas playas que fueron el punto de partida del mundo moderno” (Lamartine, p. 212).

Los dos poetas más representativos de dicha veta son José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, que encarnan claramente el triunfo de una poética de “restauración” de principios que irán conformando lo que un historiador ha denominado como el “buen hombre” (Costeloe), es decir, aquel hombre que encarna la restitución de ciertos valores morales que se habían perdido y que eran causa de los males sociales.

Adoptan, entonces, un tono melancólico y reflexivo heredado del romanticismo que les permite vincular su espacio presente, histórico, con aquel que ofrecía la poesía. A través de la religión y la reivindicación de un pasado dichoso con la proyección de la esfera de otro reino y un paisaje poético específico, Carpio y Pesado —y muchos otros escritores— dan la pauta de este propósito: buscan a través de los libros sagrados encontrar el tesoro de la poesía, lo cual significaba la filiación de los anhelos dentro de una esfera estable: la proyección del sueño por encima de las discordias civiles, es decir, la figura de México dentro de las naciones. Esta identidad con los pueblos cristianos garantizaría a su vez una unidad nacional y una paternidad universal. Para alcanzar lo anterior, los poetas adoptan varios elementos que entran en juego dentro de su poesía: el anhelado uso "correcto" del idioma —según cánones académicos— como una forma de prestigio y de fincar un lazo filial tácito con España, la religión como forma de cohesión social y como fuente para sostener el sueño del pueblo elegido, la reivindicación de la figura maternal y de lo que se llamó el "hogar doméstico" como formas de renovación y reforma entre la vida pública y privada, pero, sobre todo, la reivindicación de un espacio sagrado que permitiera mostrar la armonía y los lazos entre la naturaleza y el hombre y, con ello, reparar el estado de orfandad y desastre del criollo. En este sentido, el tono melancólico y la meditación son los recursos que adoptan para proyectar escenas que den fe de una nueva poesía. Esta adopción temática y de recursos es asimismo respaldada por críticos y editores que privilegian una poesía de temas bíblicos y, en todo caso, también reconocen en las fuentes históricas el paralelismo entre el siglo IV en Roma y el estado de ruina mexicano (Gó-

Los poetas adoptan el uso "correcto" del idioma como una forma de prestigio y de fincar un lazo filial tácito con España.



de principios

mez de la Cortina, p. 50). Por su parte, los poetas son también quienes más hacen del cristianismo la fuente y el pretexto de inspiración para privilegiar una imagen positiva donde sea posible resguardar vivo el sueño criollo. Por ello, Pesado reconoce en la poesía de temas sagrados la realización de ese sueño, el reino que permite, entre el pasado y el futuro, la unión de esa realidad que lo escindía, y mostrar el "reino sempiterno de la verdad y la justicia" (Pesado, p. VI).

Los escritores como José Joaquín Pesado, Manuel Carpio, Guillermo Prieto, Andrés Quintana Roo, Francisco Ortega, Bernardo Couto, José María Lacunza, Francisco Sánchez de Tagle, entre los más importantes, privilegian la poesía que ofrece particularmente el poeta francés Lamartine, porque reconocen las descripciones de "lugares hermosos" en donde "le[s] parecía que las dudas del espíritu, las vacilaciones religiosas, debían encontrar allí su solución y su apaciguamiento" (Sierra, p. 35). Por eso Carpio traslada su desengaño a su poema de 1847 y busca fijar la imagen de México dentro de un contexto de pueblos elegidos y escenarios sagrados. Manuel Carpio intenta afianzar un sentimiento patriótico que ya tiene una historia y un lugar en el recuerdo. Antes que ver humillados a los mexicanos, Carpio se reconoce también como peregrino y opta por "salir" a la deriva y buscar consuelo en territorios lejanos como Palestina, el Mar Rojo, o más dramático aún, se entrega al tormento:

Mejor me fuera en tierras muy remotas
vivir entre escorpiones y serpientes,
que mirar humilladas nuestras frentes
a fuerza de reveses y derrotas.

Para Carpio, el sentimiento de pérdida, el sentimiento de soledad, el de la orfandad, obligaban a buscar, dentro de la historia de los pueblos remotos, el lugar de México:

Allá en la soledad ¡oh, patria mía!
siempre estarás presente en mi memoria:
¿cómo olvidar tu congojosa historia?
¿cómo olvidar tu llanto y agonía?

Carpio, en un poema anterior titulado "México", contrasta optimismo y desengaño cuando, una vez que ha descrito la fertilidad del suelo mexicano y todas sus grandezas, vislumbra una fatalidad:

Mas ¡ay! que a tal grandeza y tanta gloria
se mezcla involuntario el desconuelo
de que nos sobreviva acá en el suelo
un vil ciprés, indigno de memoria.

Pero al mismo tiempo declara su optimismo en una imagen edénica:

De la prosperidad, en fin, la copa
benigno el cielo sobre ti derrame,
mientras el mar enfurecido brame
entre tus playas y la altiva Europa.

Por otra parte, Pesado plantea su desengaño mediante uno de los poemas que más favorecen los críticos de la época: "La visión", de 1839. En él, Pesado busca en la imagen de la madre la reivindicación de un espacio privado y moralmente bello:

Y huyendo desde entonces a los retiros,
rompí con este mundo mis alianzas,

Pesado plantea su desengaño mediante uno de los poemas que más favorecen los críticos de la época: "La visión", de 1839.

Pesado cifra su "sueño" en la poesía de lo sagrado, en la fecundidad de un mundo de esperanza basado en los libros y en las imágenes bíblicas.

y animado de eternas esperanzas
a los cielos dirijo mis suspiros.

Desde entonces, Pesado va a cifrar su "sueño" en la poesía de lo sagrado, en la fecundidad de un mundo de esperanza basado en los libros y en las imágenes bíblicas. La forma en que busca esa dicha es programando una poética en donde se privilegia el rescate de una vida de la infancia, en el centro del hogar, que permite reivindicar la corrección moral. La madre aparecida le dice:

Hoy el cielo propicio concede
lugar para que mudes de camino;
venera los decretos del destino
y a tiempos más felices retrocede.

Esta búsqueda del edén perdido de la infancia la asocia a la patria y, por tanto, busca un nuevo comienzo como forma de corregir la senda, un orbe menos hostil para mantener vivo el sueño de felicidad. No se trata de reivindicar a la Colonia, sino de fijar un espacio moral benéfico y los escenarios que garanticen la permanencia de la religión como una de las formas del vínculo con dicho sueño. Es asimismo el modo de asegurar el viaje con los pueblos civilizados. Para entonces, Pesado emprende una labor sorprendente de traductor que se le reconoce como poeta original, en cuanto a su capacidad de adaptar e imitar poesías fundamentalmente de Lamartine o de temas sagrados. Detrás de esta poesía melancólica, Pesado, con mejor dicción, cifra las aspiraciones de una clase letrada que reconoce en ella el poder de restauración: intenta mantener "un orden de ideas más elevadas, lejos, muy lejos de la cólera, de la venganza, de la orgía y de toda especie de maldiciones, esa casta y

murmurante poesía que sólo hablaba del cielo o de los más inocentes amores de la tierra [...] El hombre ha sido creado para la esperanza y el amor puro". Estas palabras de un crítico francés de la época, recogidas por Justo Sierra (p. 33), se refieren a cómo se recibió en México y en Francia el libro más influyente de la época: las *Meditaciones* de Lamartine, (1820) y retratan no poco la poesía del propio Pesado. El poeta veracruzano incorpora a su segunda edición de 1849, un poema en tres partes que dedica a Quintana Roo y en donde expone más claramente sus anhelos y su experiencia. Cuando se dirige a la "esperanza" concluye:



Y diriges al hombre que transita
con paso incierto a la región futura,
cual dirigía al tímido Israelita
columna luminosa, en noche oscura.
A otra patria feliz alzas el vuelo
donde le ofreces perdurable calma,
nuevo amor y dulcísimo consuelo,
placeres inefables para el alma.

A un poeta como Rodríguez Galván, el desencanto le permite extremarse e identificarse con el reconocimiento de una condición personal e histórica: la orfandad. Pero dicha condición se ve retroalimentada por el desencanto amoroso y la pérdida de los amigos, y lo hace, por extensión, sinónimo de la pérdida de México. Para R. Galván, México ha encarnado la patria a la deriva en donde no es posible proyectar un "sueño" positivo, sino la dramática realidad del presente. El desencanto de Galván se proyecta en un sentido más radical, a saber, lo lleva a través de una introspección por el paisaje histórico mexicano y adopta el sueño como forma de conocimiento. La

Como ningún otro poeta, Galván intuye el desastre y el naufragio: personal y de la patria.

identificación del desencanto y el estado de orfandad llegan a un extremo tal que se convierten en deriva de la conciencia:

Mi mente es negra cavidad sin fondo
y vaga incierto el pensamiento en ella
cual perdida paloma en honda gruta.

Una deriva que después se hace real y que el propio poeta encarna cuando sale de México. Sin duda, el radicalismo de R. Galván procede más de un espíritu romántico que se reconoce escindido entre la fe cristiana—la esperanza de un orbe más armónico—y la sucesión de desengaños que se dan en su presente. Galván reconoce una imposibilidad que pone en su poema “la profecía de Guatimoc”, del héroe mexicano, quien le afirma que el hombre de México estaba aniquilado; de alguna manera opta por el autodes tierro como alternativa, y en ese sentido retoma los pasos de su amigo Heredia y de un escritor como Byron. Como ningún otro poeta, Galván intuye el desastre y el naufragio: personal y de la patria; sin embargo, siempre parece obligado a mitigar su propia desesperanza con la declaración de la fe cristiana. El poeta mexicano, como un Espronceda, intuye un sinsentido del acontecer humano pero procura contrarrestar—forzado por las condiciones de México— la solución restauradora de la fe. No en vano, en 1838, reconoce en Pesado al poeta mexicano por excelencia:

Saludo genio inmortal, Pesado insigne:
tú arrebatando a Lamartine la lira
y al Rey poeta, en sonos melódicos
haces vibrar el aire
y enternecer los pechos.

Rodríguez Galván ve en Pesado una armonía lograda que a él se le escapa.³ Dicha imposibilidad la plantea muy claramente en "Mis ilusiones" y lo hace anunciar la catástrofe de un pueblo mexicano naciente:

Pero mi patria adorada
en la mi mente aparece,
veo que opulenta crece,
del mundo todo acatada:
¡Oh placer!
¡Oh incomparable ventura!...
¡Qué envidia es su hermosura!
¡Qué temido su poder!
¡Oh necia imaginación!...
quién sabe si ante mis ojos
serán sus campos despojos
de una pérfida nación.

Rodríguez Galván es quien mejor retrata el destino de la patria y plantea, como pocos poetas de su tiempo, la escisión del hombre universal dentro de una sociedad criolla muy católica.

Sin duda, la escisión de estos poetas se da a partir de este desajuste entre el optimismo y la decepción que se traduce en desamparo determinado por los sucesos nacionales. La mayor parte de los poetas encuentra soluciones claras en la lectura y descripción de la tierra santa; otros, como R. Galván, intuyen una fatalidad personal, ya próxima a aquella orfandad que es, finalmente, una condición del abandono de Dios.

El análisis de la lírica mexicana de la primera mitad del siglo XIX permite, a la luz de un contexto histórico y poético, reconocer ejes emocionales decisivos que ayudan a la comprensión más cabal de los

**La mayor parte
de los poetas encuentra
soluciones claras
en la lectura
y descripción
de la tierra santa.**

³ Su poema más dramático y radical, "Profecía de Guatimoc", va encabezado con un epígrafe de S.J. Crisóstomo, el cual finalmente no logra disipar el sueño de la noche.

alcances de la poesía de la época tanto como de la formación cultural de un México naciente.

Bibliografía

- Carpio, Manuel, *Poesías*. México: Imp. de Murgía, 1849.
- Collado, Casimiro del, *Poesías*. Madrid: Imprenta de Fota-net, 1880.
- Costeloe, Micheal P., *The Central Republic in Mexico, 1835-1846*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Chateaubriand, Visconde de, *El siglo de oro del cristianismo* (Tr. Fr. Luis Fernández de Santa María). México: Imp. de Juan Ojeda, 1833.
- Esteva, José María, *Poesías*. Veracruz: Imp. del Comercio, 1850.
- et al., *La tierra santa*. México: Mariano Galván, 1842.
- Gómez de la Cortina, José Justo. "Joannis Crysostomi, Archiepiscopi Constantinopolitani, Opera Omnia Quae exstant. Cura et estudio D. Bernardi de Mont-faucon, en *El Mosaico Mexicano*, núm. 3, 17 de julio de 1841, pp. 49-55.
- Lamartine, Alfonso, "Sobre los destinos de la poesía", en *El Año Nuevo*. México: I. de Galván, 1840.
- O'Gorman, Edmundo, *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: [s.i.] 1960.
- Pascual Buxó, José, *Muerte y desengaño en la poesía novohispana*. México: UNAM, 1974.
- Pesado, José Joaquín, *Poesías originales*. México: Imp. Cumplido, 1849.
- Rodríguez Galván, Ignacio. *Obras*, t. I. México: UNAM, 1994.
- Sierra, Justo. "Lamartine", en *Obras completas*, t. III. México: UNAM, 1977.
- Volney, M., *Lecciones de historia*. París: Imp. de David, 1827.